

Curso p. p. de Lorenzo Alvarez

CORONA POÉTICA

DEDICADA

A LA MEMORIA DE LA MALOGRADA

SEÑORITA

FRANCISCA MADOZ Y ROJAS.

1.º noviembre 1850.



MADRID.

Imprenta de **T. Fortanet**, Greda 7.



CORONA POÉTICA

DEDICADA

A LA MEMORIA DE LA MALOGRADA

SEÑORITA FRANCISCA MADOZ Y ROJAS,

POR LAS

Señoras Coronado y Morejon,

Y LOS

Srs. Aguilera (D. Ventura R.)	Srs. Larrañaga (D. Gregorio Romero.)
Asquerjino (D. Eusebio.)	Luzaró (D. Mariano.)
Asquerino (D. Eduardo.)	Madoz (D. Fernando.)
Bacza (D. Pascual.)	Montemar (D. F. de P.)
Cazurro (D. Mariano Z.)	P. Canalejas (D. Francisco)
Dargallo (D. Gregorio U.)	Ribot (D. Antonio.)
Díaz (D. Joaquín.)	Rivas (D. Indalecio.)
Duran (D. Manuel P.)	Rua Figueroa (D. J.)
Estrella (D. Gabriel.)	Tenorio (D. J. Manuel.)
Fontan (D. Joaquín.)	Ulloa (D. Augusto.)
García de Quevedo (D. H.)	Zea (D. Francisco.)
Gener (D. José.)	

→→→→ 1.º DE NOVIEMBRE 1850. ◊◊◊◊←←←←

MADRID:

Imprenta de T. FORTANET, calle de la Greda núm. 7.



R.344

INTRODUCCION.

En 29 de Enero de 1842 nació en Madrid la Señorita Francisca Madoz y Rojas, triste objeto de esta poética y fúnebre Corona.

Vino al mundo, endeble en lo físico, pero en gran manera predispuesta en lo moral á un prematuro desarrollo. A robustecerla, á salvarla, cambiando, si era posible, su delicada complexion, se dirigieron los esfuerzos de sus tiernos y solícitos padres, hoy sumidos en el mas acerbo dolor. La Providencia coronó estos desvelos, procurando á tan hermosa criatura, á los cuatro años de su edad, la salud y la robustez que la faltaban. Una casualidad condujo á sus padres en 1846 á las playas de Zarauz, y la benéfica influencia de aquellos baños de mar, y un sistema higiénico, constante y escrupulosamente observado, hicieron desaparecer todos los gérmenes de la delicada constitucion con que habia vivido hasta entonces.

Tranquiles ya, á la par que dichosos, los tiernos padres de la Señorita Madoz, al contemplarla en un excelente estado de salud, pensaron, como no podian menos de hacerlo, en dirigir su corazon, en alimentar sus facultades intelectuales, en inspirarla el amor al trabajo y con él la salud, el vigor de su espíritu, la paz de su corazon sensible, la virtud en la sociedad.

Un exceso de cariño, si exceso puede haber en el cariño paternal; un convencimiento profundo en que los padres vivian de que era abosolutamente indispensable ir amortiguando poco á poco el exceso de vida material é intelectual, que iba desarrollándose en la Señorita Madoz desde que se robusteció su complexion; el sentimiento, por otro lado, de privarse de sus gracias y caricias, les obligaron á educarla en casa, evitando por este medio los riesgos que lleva consigo una alma ardiente é irreflexiva, una criatura en continuo movimiento.

Las labores del sexo, la lectura de obras religiosas, el sistema higiénico, las horas de recreo y de música, la consideracion y buen trato á los sirvientes, todo lo debió á una madre tierna. ¡Permitásenos, por sensibles que nos sean en este momento ciertos recuerdos, asegurar que los resultados de esta educacion primaria excedieron las esperanzas de madre tan solícita como desgraciada!

La Señorita Madoz entró dos años despues en su segunda educacion. Acostumbrada ya á vencerse á sí misma, no encontró su ilustrado padre grandes dificultades para iniciarla en los primeros rudimentos de historia nacional y estrangera y en los elementos de geografia. Precoz, como dejamos dicho, en lo intelectual, hubo de conocerse pronto, que era indispensable suspender esta segunda educacion para evitar que un desarrollo demasiado prematuro en lo moral, viniera á perjudicar el desarrollo físico, atendida la grande influencia que ejerce el uno sobre el otro.

Consecuencia de esta educacion debió ser el espíritu de *caridad* que desplegó la Señorita Madoz desde sus primeros años; caridad de que sus desgraciados padres han dado y continúan dando muestras inequí-

vocas, pero que la Señorita Madoz llevaba hasta el exceso. Había aprendido de su buena madre que la belleza del cuerpo inspira el amor; la del alma, la estimación; y su generoso padre la había acostumbrado á sembrar beneficios para recoger felices recuerdos. La hermosa criatura que nos ocupa no podía persuadirse de que siendo ella feliz, fueran los otros seres, desgraciados; y si momentos tuvo en que miró con ceño torvo á los autores de sus días, fué solo cuando estos resistían los caprichos de su hija en exigencias de caridad y beneficencia.

No era extraño pues que la Señorita Madoz se grangease la estimación pública, ni menos que sean eternos los recuerdos de sus beneficios.

Zarauz, aquel mismo pueblo en que halló la salud, la vida y también su tumba; Zarauz, llorará eternamente, no lo dudamos, la pérdida de una niña, que hubiera completado más tarde las ideas benéficas de sus padres, el sistema marcado de protección con que estos miran los intereses de pueblo tan agradecido: Zarauz, en una palabra, no olvidará jamás el funesto y trágico día, ¡6 DE SETIEMBRE DE 1850!!! Aquel día en que despedazado el corazón de los padres llamaban á una hija que hablaba ya con Dios; aquel día en que no obrando aun la fuerza de la razón, los consuelos de la religión, los deberes hacia los seres que restan, es permitido un desahogo hasta contra los decretos inescrutables del Altísimo; ¡aquel día de triste memoria, en que todo un pueblo esperaba con la mayor ansiedad la sentencia para el de vida ó muerte; la sentencia de su porvenir; una comisión se había presentado reclamando la posesión de un *cadáver*!!

En su dolor, en su desesperación se había persuadido el pueblo de Zarauz que era este el medio de obligar á sus protectores á que no abandonasen aquella residencia; y olvidaba sin duda que en el sensible corazón de aquellos hablaban muy alto estas pruebas de sentimiento, estas manifestaciones de pública gratitud, esta triste y dolorosa ovación. *El cadáver pertenece al panteón de mi familia; mi familia pertenecerá siempre á la desconsolada población de Zarauz.* Lucha sublime entre pasiones y sentimientos encontrados, que tranquilizó á los unos en su porvenir, y derramó en los otros un bálsamo consolador en la profunda herida que quedaba abierta en su corazón. Zarauz reconocido se sometió gustoso á su destino, y tributó los últimos honores al objeto de su cariño, acompañando el cadáver con silencioso recogimiento á larga distancia, donde esperaba el carruaje que debía conducirle á la Corte á su última morada.

Cumple á nuestro propósito, cumple sobre todo á los padres de la Señorita Madoz, asegurar, que, si esquisitos fueron los cuidados que la tributaron durante su educación para evitarla el menor peligro, no lo fueron menos los que se tuvieron siempre en los momentos del baño.

Cuatro años consecutivos se ha bañado en un mismo sitio; cuatro años la ha asistido un marinero entendido; cuatro años ha vigilado su baño una madre cariñosa, que con el reloj en la mano la hacía salir á los cinco minutos prescritos por el facultativo, minutos que su excelente madre pasaba con placer en la playa contemplando la alegría, la lozanía, la juventud, el porvenir de su hija.

¡Juventud, porvenir, todo, absolutamente todo, desapareció en un momento desgraciado!

¡Una ola nos dejó un cadáver; nos legó un recuerdo, triste y eterno, y el alma pura é inocente de un *ángel* subió á los cielos, donde ruega sin cesar por la felicidad de sus excelentes padres y por el porvenir de sus angelicales hermanas. ¡Respetemos la voz de la Providencia!

La Señorita Madoz y Rojas murió á los 8 años, 7 meses y 8 días de edad.

Fernando Madoz.

TU PIENSASTE QUE EL MAR ERA TU CUNA.

OCEANO.

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente,
No ha sido para ti poca fortuna
Despertar en la gloria, de repente;
¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente.
Y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
La del mar es mejor—no amarga tanto!

Carolina Coronado.

OCTAVA.

Cuando la mar furiosa en onda impía
Esa flor envolvió tan pura y bella,
En su profundo seno brilló el día
Porque del mundo arrebató una estrella:
Sobre las aguas, y en la noche umbría
Una Ninfa se vé: ¡miradla! Es ella!...
Llora esa Ninfa, sí; madre afligida,
Esa perla entre nácares perdida!...

Angela Morejon de Massa.

LA MADRE Y EL ALMA.

Era una niña tan pura,
Como albor de la mañana,
Que tibio rayo fulgura
Al rasgar la nube oscura
Que tiñe de oro y de grana.

Crecía tierno capullo
De la vida en el pensil,
De las aves al arrullo,
Y al lisongero murmullo
De las auras del Abril.

Y cuando al campo salía
A coger lozanas flores
Con ellas se confundía,
De sus purpúreos colores
La rosa envidia tenía.

Si de su infancia al albor
Por linda alcanzó la palma,
No era su encanto mayor,
Guardaba la niña en su alma
La joya de mas valor.

Con afanoso desvelo,
Cuidaba su madre bella
Al ángel de su consuelo,
Su dicha cifrando en ella,
Su paraiso, y su cielo.

Y con su prenda adorada.
Por gozar dulce reposo,
Del bullicio retirada,
Fijó tranquila morada
Allá en un valle frondoso.

Grata sombra le ofrecían
Montañas en cuyos senos
Los arroyuelos gemían,
Y los ojos descubrían
Campos, y prados amenos.

Casa elegante habitaba
A las orillas del mar,
Y su espuma la besaba;
Pero al sentirle bramar
La tierna niña temblaba.

Y de su madre querida
Acogiéndose al regazo,
De su cuello suspendida
Lo enlazaba con su brazo.
—No temas, luz de mi vida!

No temas, no, la violencia
De ese mar embravecido
Que respeta la inocencia,
Y no ha de ajar atrevido
Flor de tan divina esencia!

Que su ira solo es fatal
 Al que quiebra poderoso
 Esas ondas de cristal;
 Con el débil generoso
 A las niñas no hace mal.

Me miro en tus ojos bellos!—
 Tiernamente la decia:
 Y de sus blondos cabellos
 Luego una trenza tejía
 Jugueteadando con ellos.

—Quién mas que yo venturosa!
 Mi cielo! Mi serafin!—
 Y la besaba amorosa
 En sus megillas de rosa,
 Y en sus lábios de carmín.

—Ay! prenda del alma mía!—
 Y á su seno la estrechaba,
 Su aliento se confundía,
 De tanto gozar lloraba,
 Y la niña sonreía.

Mas la voz de un pobre oyendo,
 Cual rápida exhalacion
 A la puerta iba corriendo,
 Y al mendigo socorriendo
 Oía su bendicion.

Alma llena de bondad!
 Dios alumbró su destino
 Desde la infantil edad;
 Que es un destello divino
 La sublime caridad!

Su madre, cuando dormía,
La guardaba el dulce sueño,
Y si sus ojos abría,
¡Con qué cariñoso empeño
—Duerme, duerme, la decía!

Mas su salud se alteraba,
Y con los baños del mar
Digeron que se curaba;
Y su madre la abrazaba
Siempre que se iba á bañar.

—Adios, mi astro encantador!
Pero antes recibe un beso,
Y otro á la vuelta, mi amor!—
Y la vió con embeleso
Partir, agena al temor.

.....

Ya su manto de escarlata
Tendió el sol que se dilata
Por el inmenso horizonte,
Y avanza de espuma un monte
Disuelto en hilos de plata.

¡Cual reflejan sus celages,
Sus rayos reverberando
Espumosos oleages,
Que son, al irse quebrando
Rizadas blondas de encajes!

Al recibir en su seno
El mar al capullo hermoso
Acaricióle sereno;
Pero de codicia lleno
Tornóse pronto impetuoso.

Con sus olas le bañaba
Fingiéndose sosegado,
Y veloz las retiraba
Después de haber aspirado
El perfume que exhalaba.

Mas tanto lo acarició
Con su verdinegra bruma
Que del tallo lo arrancó,
Y envuelto en su blanca espuma,
Sobre las ondas flotó.

En vano quiso apurar
Del capullo el suave aroma,
Que en nubes de oro bajar
Yo ví, cándida paloma
Para robárselo al mar.

Su bramido no la aterra;
Luego elevando su vuelo
Rasgó el azulado velo,
Y aquella flor de la tierra
Es una estrella del cielo!

.....

.....

Un pavoroso clamor
Por la playa se derrama
Que vá á herir aterrador
A la muger que tanto ama
Aquella perdida flor.

Medrosa pregunta:—¿Dónde
Está mi luz! Dó se esconde!—
Y callan todos! Bramando,
Y sus espumas lanzando
A sus pies el mar responde!

Sus ayes estremecían!
Y á sus sentidos lamentos
Ay! los ecos respondían!
Las olas los repetían,
Y murmuraban los vientos!

Y sus lágrimas copiosas
De sus ojos al verterlas,
Para ser las mas preciosas
Fueron á aumentar las perlas
De las ondas borrascosas.

Pero de tanto llorar
Secos sus ojos quedándo,
Convulsa empezó á mirar
El campo, el cielo y el mar
¡Ay! estaba delirando!

.....

.....

Allá en la noche callada
Cuando mas triste y llorosa
Piensa en su hija idolatrada,
Vé su estancia iluminada
Por una luz misteriosa.

Mira una fúlgida nube
Que del cielo se desprende,
Y asombrada no comprende
Si es vapor, ó si es querube,
Sombra, ó luz, lo que descende.

Imágen tan hechicera
Que en ella sus ojos fija
Sin comprender aun quien era:
Era el alma de su hija
Que la habló de esta manera:

—»Madre querida! no llores
Por juzgarme desgraciada;
Aunque de tí separada
Gozo, agena á los dolores,
En la celeste morada.

No eclipsa el sol de alegría
Nube de negro pesar;
Solo allí se sabe amar,
Y una alma como la mia,
Debió el mundo abandonar.

Flor de mágicos colores
No crece en pantano inmundo:
¡Cuántas delicadas flores
Marchitan en sus albores
Las tempestades del mundo!

Calma tu profunda pena,
Cesa, madre, de llorar,
Que tu cándida azucena
Fué su perfume á exhalar
A otra region mas serena.

Alli la paz y el consuelo.
Aquí el dolor y la guerra;
Pero por tu dicha velo,
Porque yo seré la estrella
Que te guie desde el cielo.

Cuando fueres desdichada
Eleva tus tristes ojos
A la bóveda azulada,
Y encontrarás mi mirada,
Y cesarán tus enojos!»

Y con sus alas de rosa
Secó una lágrima ardiente
De la madre cariñosa,
Y besándola en su frente
Voló á la mansion dichosa.

Eusebio Asquerino.

AUREOLA.

Cuando un niño muere
Los ángeles cantan:
« En buen hora vengas,
Hermano, á la casa,
La casa de Dios.»
Y al son de las liras
Las vírgenes danzan,
Y espárcense flores
Y enciéndense lámparas,
Que eclipsan al sol.

Sublime matrona
En límpida nube
Desciende cruzando
Campañas azules,
Y llega hasta aquí.

Y el alma recoje
Del nuevo querube,
Y torna rompiendo
Los aires azules
Al sumo Zenit.

Luego en una sala
Con ricos tapices
De estrellas de oro,
Al niño reciben
Los niños de allá.
Y en mesa de nácar
Manjares le sirven,
Néctar y ambrosía
Que su sed estinguen
Y sueño le dan.

A un lecho le llevan
Despues de suave
Pluma, y en la alcoba
Velando dos ángeles
Quedan con amor.
Y al rayo del alba,
Callada acercándose
Al lecho, al dormido
Da un beso la madre,
La madre de Dios.

Y el niño despierta,
Y al ver en sus hombros
Dos fúlgidas alas
De plumas de oro,
Sonríe feliz.
Y hiende el espacio,
Y baja, y al rostro
De la madre tierna,
Del padre amoroso,
Su rostro va á unir.

Y canta á su oído:
«La vida es amarga,
La tierra una cárcel
Sombría del alma,
La gloria una flor.
¡Dichoso el que muere
Cuando la mañana
De la vida asoma,
Y al Zenit avanza
Cuando á Oriente el sol!»

Francisco Zea.

VOLO A SU CUNA.

MEDITACION.

A tí, madre en amor desventurada,
A quien arrancan del caliente nido
A la tierna paloma inmaculada,
Que deja acaso en el vergel perdido
La peregrina pluma ensangrentada.

A tí, esposa infeliz en tus amores,
A quien despoja entre sus iras ronco
El crudo vendabal de los dolores,
La primera y mas pura de tus flores,
Gala gentil del generoso tronco.

A tí, consagra mi doliente lira
La dulce voz que á la amistad levanta:
Ay, cuando canta mi laud, suspira!
La inspiracion mi corazon quebranta,
Porque el dolor mi corazon inspira!

Otros te ciñan, con piadoso anhelo,
 De la ilusion las encendidas rosas;
 Yo no quisiera mitigar tu duelo:
 Lloras sin fin; las lágrimas hermosas
 Serán tal vez el único consuelo.

.....

Llega del mar el bramador rugido
 Hasta tu oscura alcoba solitaria:
 Tal vez tu lábio ardiente, estremecido
 Interrumpe su cándida plegaria
 Para escuchar el lúgubre ruido...

Ah! no te espante el eco tempestuoso:
 La voz de Dios entre sus tumbos suena:
 De un Dios en sus arcanos misterioso,
 Que hizo de frágil y menuda arena
 Esclavo al negro mar rudo y sañoso.

Su omnipotente voluntad le guía,
 Ya le desgarró en el peñón desierto,
 Ya le levanta á oscurecer el día,
 Ya, el hondo abismo inmensurable abierto,
 Lance su rayo hasta su entraña fría.

Dios es quien le dirige y le gobierna:
 No maldigas al mar ni sus horrores,
 Que en él, maldices la justicia eterna,
 Y Dios es la esperanza en tus dolores,
 Y á Dios imploras fervorosa y tierna!

Angel de su vergel afortunado
Era tu amable niña encantadora;
Nació llorando el ángel desterrado:
Miró del mundo la nublada aurora,
Y á su nido inmortal voló espantado!

No de la tierra entre ásperos abrojos
Se desgarró las alas peregrinas;
Pura y feliz desapareció á tus ojos,
Coronada de flores. Las espinas
Son para tí, y el luto y los enojos!

Ay, para que la vida lastimosa,
Si sueltos ya los insolubles lazos
Que la encadenan á la tierra odiosa,
Arrebata la muerte de tus brazos
La que era el ser de tu alma cariñosa..!

Porque aun calientan el paterno nido
Dos cisnes, arrullados entre amores;
Y al noble tronco por el rayo herido,
Dos en capullo, renacientes flores
Engalanan el ramo verdecido.

Vivid para esas niñas inocentes,
Esposos sin valor; su sien lozana
No quemem vuestras lágrimas ardientes;
Que alzan al cielo las serenas frentes
Buscando entre los astros á su hermana.

Si asi lo haceis; á vuestro hogar desierto
Descenderá la sombra cariñosa
Del ángel puro, idolatrado y muerto,
Flotando entre las nieblas misteriosa
Al tibio rayo de la luna incierto.

En tu entreabierta y lánguida pupila
Sorprenderá la lágrima abrasada,
Que en las pestañas trémulas oscila;
Y allí, sobre tu boca enamorada
Su dulce boca apoyará tranquila.

Acudirá con ánsia deliciosa
Al lecho en donde duermen sus hermanas;
Arrullará sus sueños, afanosa,
Y por recuerdo de sus dichas vanas,
En cada sien desojará una rosa.

Y antes de abandonar aquel retiro,
Del padre inquieto el corazón palpando,
Le adormirá en sus alas de zafiro;
Y si en sueños, su voz la está llamando,
Responderá con su inmortal suspiro!

Pero al dejar la maternal morada
De la que Dios arrebatarla quiso,
Al cielo volará triste y turbada;
Que sin los ojos de su madre amada
Verá el ángel, oscuro el Paraíso.

Padres ya sin consuelo: allí os espera,
Y su trono de gloria allí os destina.
Feliz si en tanto, mi canción sincera
Aparta dulcemente alguna espina
Que menos honda el corazón os hiera!

Gregorio Romero Larrañaga.

PERLA DEL MAR.

SONETO.

¡Pérfidas ondas! con amor un día
De un padre os saludó la alma ventura,
Cuando con blandos sonos de dulzura
Dábais salud á la hija que sufría:

Mas ¡ay de aquel que en la inconstancia fía
De vuestro seno henchido de amargura!
¡Ay del que al veros con la faz tan pura
Plácida halló vuestra corriente impía!

La tierna niña, náyade primera
Que moró vuestro seno cristalino
Salió en los brazos de la muerte fiera.

Vedla!—Cubrid de rosas su camino.—
Perla del mar, el mar su salud era,
Y halló en el mar el fin de su destino.

Gabriel Estrella.

BALADA.

UN ANCIANO.—» Ayer vine á tu puerta
Lleno de angustia,
Cuando del mar brotaba
Triste la luna.
Muy triste, niña,
Como el llanto que hoy rueda
Por mis mejillas.

Soy anciano y soy pobre.....
¡No llamé en vano!
Que en tí hallaban consuelo
Pobres y ancianos.
Volví á mi choza.....
Mi llanto era de gozo,
La luna hermosa!

Hoy á tu puerta vine.....
Mas del abismo
De ese mar turbulento
Sale un gemido.
Al mar me arrojó,
El alma desgarrada,
Confuso y loco.

Bregando con las olas
Quiero encontrarte:
Y el cielo, de colores
Iluminándose,
Rasga sus nubes
Y recibe á una sombra
Que del mar sube.— »

Ventura Ruiz Aguilera.

UN ANGEL NUEVO EN EL CIELO.

ROMANCE.

Antes que el tiempo, que es solo
Quien los pesares embota,
Embote tambien los tuyos
Que tan impíos te agovian,
Consiente, amigo, que llora
La pérdida que tú lloras,
Aunque tocando tu herida
Temo volverla mas honda.
¡Pobre niña! ¡nunca Dios,
Tan portentoso en sus obras,
Puso en un cuerpo tan bello
Una alma tan generosa!
Era un ángel desterrado
En este mundo de escoria,
No te quejes si va al cielo
A buscar su patria propia.
Mas ¡ay que no te resignas!
Todo te pesa y ahoga
Sin el mirar de sus ojos
Y el sonreír de su boca.
Que tú vivias en ella,

Y de tus acciones todas
El móvil era secreto,
Era tu guía y antorcha.
De tu virtud reverbero,
Era cual tú bienhechora,
Y todos la bendecían
Los pobres ¡ay! que la lloran.
Cuando tu vida gastabas
Pidiendo á la ciencia gloria,
Y en la tribuna, en el campo,
Con abnegacion heróica
Defendias incansable
La libertad española,
De tu sudor y tu sangre
Veías en cada gota
A tus ojos reflejarse
Esa niña encantadora
Como heredera de un nombre
Ilustrado á tanta costa.
Al abrigo de las alas
De una madre cariñosa
La dejaste guarecida
Como una tierna paloma,
Y al recibir de sus labios
Envidiados de las rosas
El beso de despedida
Que á dos lágrimas se asocia,
Con el beso de la vuelta,
Que tanto un padre ambiciona,
Entusiasmando te estabas
Sin fatídicas zozobras.

; Vana ilusion! el destino
De los humanos se mofa,
Y juega con su esperanza
Como el viento con las hojas.
Que cuando el Omnipotente,
Cuyos designios se ignoran,
Poner quiere un ángel nuevo
Al rededor de su aureola,
Con el alma inmaculada
De un niño puro lo forma,
Que invisible vuela al cielo
Cual de una flor el aroma.
Y la creacion entera,
Que á su voluntad se dobla,
Es un instrumento ciego
En sus manos poderosas.
Dijo al mar: «Dáme esa niña,
»Esa incomparable joya,
»Que tiene el alma tan pura
»Como la luz de la aurora.
»Quiero ponerla en el cielo,
»Do los querubes se arroban
»En atmósfera de esencias,
»Siendo los astros su sombra.»
Y el mar, que estaba jugando
Con las algas y las ovas,
Y blandamente lamía
Las arenas de la costa,
Que cariñoso arrullaba
A la niña encantadora,
Osando besar apenas

Su cabellera sedosa,
Rugió como un monstruo herido
Y encrespó sus negras olas,
Revelando esos furores
Que Dios solamente doma,
Y la angelical criatura...
¡Perdona, amigo, perdona!
Harto indiscreto he tocado
La llaga que aun sangre brota.
Si instrumento el mar no fuese
De esa fuerza misteriosa,
Que no se ve con los ojos,
Ni con las manos se toca,
Pero que el alma la siente,
Aunque la niegue la boca,
Cuántas veces platicamos
Con nuestra conciencia á solas,
Yo ese mar maldeciría,
A esa sirena traidora,
Que asesina con sus iras
Y atrae con sus lisonjas.
Yo ese mar maldeciría,
Que consiente que sus ondas
Del negrero y del pirata
Hiendan las avaras proras,
Y á la inocencia que juega
Con sus espumas y conchas
Envuelve desapiadado
Como sábana mortuoria.
Pero ahora al maldecirle,
Maldeciría en sus obras

Al ser á que se somete
La naturaleza toda.
Buen amigo, pues descas
Neutralizar la ponzoña
De los impíos recuerdos
Que en tu memoria se agolpan,
Examina á sangre fria
Esta vida transitoria,
En que en cimientos de arena
Toda esperanza se apoya.
Si dado á mi mano fuese
Romper una malla sola
Del velo que lo infinito
A nuestras miradas roba,
Yo rompería esta malla,
Y tal vez, despues de rota,
Trocarse en placer vería
La afliccion que te devora.
Mas no hallando una Sibila
Que abra las secretas hojas
Del libro en que Dios trazado
Su fin tiene á cada cosa,
Contra tan grandes dolores
Como tu pecho destrozan
No encuentra mi pobre musa
Palabras consoladoras.

Antonio Ribot.



Era en verde rosal leve capullo
Cuyo virgíneo cáliz entreabierto,
Desparcía su aroma en el desierto
 Donde reina el dolor;
Y al blando soplo del materno arrullo
Crecía, y su belleza se formaba,
Y el viandante al mirarlo así exclamaba:
 ¡Bella será esa flor!

Mas tendió el aquilón sus negras alas
Y al rosal envidiando su diadema,
Tronchó impío el capullo, blando emblema
 Del ángel del amor;
Y descendió de las eternas salas
Un arcángel de luz en raudo vuelo,
Y el capullo cogió, caído al suelo
 Aun antes de ser flor.

Rigió de nuevo el conductor divino
Su almo corcél de voladoras nubes,
A la region que habitan los querubes,
 Do eterno es el amor:
Lejos dejando en su velóz camino,
En breve el triste reino del quebranto;
Que paran poco en la mansion del llanto
 El ángel y la flor.

26 de octubre 1850.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

DOLORA.

(Puesta en música por la señorita doña Adelaida Fernandez.)

F.

LA HIJA.—«Hoy hace un mes, madre mía,
Que como tórtola amante
Que perdió su compañía,
Busco en afan incesante
Al ángel de mi alegría.

Mas en vano

Por encontrarle me afano:
Es una sombra perdida
Tras lo que mi mente vá.

¡Ah!

Madre, mi amiga querida
¿Dónde está?»

LA MADRE.—«Llórala, luz de mi vida,
¡Llórala!»

II.

LA HIJA.—»Amábala, madre, tanto
Que huyó con ella mi calma:
¡Es verdad! en mi quebranto
Viertan los ojos el llanto
De los pesares del alma!

Un doctor

Me dijo que del dolor
Alivia el llanto la herida,
Y que la salud nos dá.

¡Ah!

Madre, mi amiga querida
¿Dónde está?»

LA MADRE.—»Llórala, luz de mi vida,
¡Llórala!»

III.

LA HIJA.—»¿Recuerdas de su alma pura
La inmensurable bondad?
¡Qué modelo de cordura!
¡Qué piadosa santidad!
¡Y qué esplendente hermosura!

Al desvalido,

Al enfermo, al afligido,
En su pena dolorida

¿Quién mejor socorrerá?

¡Ah!

Madre, mi amiga querida
¿Dónde está?»

LA MADRE.—»Llórala, luz de mi vida,
¡Llórala!»

IV.

LA HIJA.—»No hay pecho que no se azore
Y en su ausencia no padezca,
Ni vega que el sol colore
Ni un ave que no enmudezca
Ni piedra que no la llora.

La afliccion
Mora en todo corazon:
Su misteriosa partida
A todos recelos dá.

¡Ah!

Madre, mi amiga querida
¿Dónde está?»

LA MADRE.—»¡Ay! ¡murió! luz de mi vida,
¡Llórala!!»

V.

LA HIJA.—»¡Murió! ¡murió! En mis dolores
Sobre su tumba, cortadas
De la aurora á los albores,
Esparciré tristes flores
Por mis lágrimas bañadas.

Y en mi mente
La imágen de esa inocente,
Para tanto bien nacida,
Ni un momento morirá!

¡Ah!

Y su alma pura y bella
¿Dónde está?»

LA MADRE.—»¿Ves la mas lejana estrella..?
¡Mas allá!!»

6 Octubre 1850.

Gregorio Urbano Dargallo.

AMOR PATERNAL.

¿Por qué vertiendo de tus ojos llanto,
Al cielo miras con soberbio encono?
¿Qué le pides á Dios en tu quebranto,
Sin rendirte primero ante su trono?

Es que tu ciego frenesí te engaña;
El cielo te ha robado tu delicia;
Y tu le miras con injusta saña,
Porque dudas también de su justicia.

Algun misterio su decreto encierra:
¿Su fuerte voluntad nada te inspira?...
—No quiere Dios un ángel en la tierra,
Donde todo es maldad, todo mentira.

.....
.....

Mas ya que sin razon quiero acusarte,
Porque allá en tu dolor miraste al cielo,
¿Cuál el consuelo que pretendo darte?....
Son palabras no mas; ¡triste consuelo!

Inútil es que de tu amor exija
Tu pena mitigar: nada consigo.
Al sentir tu dolor, pienso en mi hija,
Solo puedo á mi vez llorar contigo.

Francisco de Paula Montemar.

LA FLOR PERDIDA.

I.

Purísimo Querube,
Semilla de virtud que avaro el cielo
Reclamó para sí; desde la nube
Que te sostiene en reposado vuelo

Oye el ¡ay! doloroso
Que en coro entristecido se levanta
De la mansion del eternal reposo
Para seguir tu fugitiva planta.

Lució la vida apenas
Sobre tu frente virginal y hermosa,
Que envidiaron las blancas azucenas
Como á tu labio la fragante rosa.

Brilló por un momento
Astro de paz y celestial ventura
Y en tinieblas nos deja el firmamento
Apagando en su brillo tu hermosura.....

¡ Morir cuando tan bello
Un camino ante tí se descubría
Iluminado al mágico destello
Que tu gentil cabeza despedía !....

¡ Morir , niña preciosa ,
Rica de porvenir y de ilusiones
Cuando apenas tu Madre cariñosa
De arrullarte dejó con sus canciones !....

Un sueño delicioso
Por ángeles velado fué tu vida :
¡ Poco duró tan celestial reposo
Cándida flor para morir nacida !

Do quiera nuestros ojos
Avidos giran con pesar profundo ;
« murió la flor » nos dicen los abrojos :
y Dios : « vive feliz en otro mundo ».....

¡ Oh poder infinito !
Perdona si la voz triste murmura
Que antes que el nuestro resonó tu grito
Reclamando esa bella criatura.

Ella era tan hermosa
Que su rostro infantil daba consuelo
Y el alma que llevaste generosa
Es el alma mas pura de tu cielo.

Donde su leve huella
En el mundo posó, brotaron flores ,
Y alguna vez la mariposa bella
Llegó á sus labios á buscar olores.

Su blonda cabellera
El ambiente en rizar se complacía
Y la brillante y rica primavera
Solo por ella su verdor vestía.

Con inocencia pura
Las lágrimas amargas enjugaba
Donde quiera que el llanto de amargura
En torno del Querube resonaba.

En hora desgraciada
Dejó el vergel para pisar la arena
Que allí murió su celestial mirada
Para nacer nuestra creciente pena.

Tan bella la encontraron
Las olas de la mar, que presurosas
A recibirla hasta su pie llegaron
Alzándola en sus brazos cariñosas.

De rabia entonces lleno
Gritó el Genio feróz del Océano
«Es una perla que arrancó á mi seno
Del hombre altivo la orgullosa mano.»

Y alzando embravecida
Su diestra el mar atronador é impío
Del ángel bello arrebató la vida
Volviendo solo su cadáver frío.

II.

¡Tristísimos despojos!
¿Cómo decirnos el adios postrero
Cuando el llanto que baña nuestros ojos
Ahoga nuestro acento lastimero?

Desde la santa gloria
Donde será tu frente coronada
Dedícanos, hermosa, una memoria
Y de consuelo celestial mirada.

¡Adios por fin, Querube!
Si á la voz del Señor alzaste el vuelo
Sigue tu marcha en la rosada nube
Para gozar de la mansion del Cielo.

Manuel P. Duran.

EL CORAZON DE UNA MADRE.

¡Angel de amor, que perdido
Fuiste para mi en mal hora!
Escucha el triste quejido,
El acento dolorido
De una madre que te adora.

Un beso tuyo, alma mía,
Alivie mi crudo afán
En medio de esta agonía,
Que asintiendo á mi porfía,
Las auras me lo traerán;

Y en la bóveda azulada
A que remontaste el vuelo
Viendo tu faz retratada,
Mi cariñosa mirada
Penetrará hasta en el cielo.

Así encontrará cabida
Un consuelo en mi aflicción,
Pues la suerte fementida
Me ha arrancado con tu vida
La mitad del corazón.

Tu eras ¡ay! cuando vivías
Espejo que reflejaba
Dulces esperanzas mías,
Lazo feliz que ligaba
Uno tras otro mis días;

Dicha que murió al nacér,
Iris de paz y ventura,
Suave aroma que aun ayer
Aspiraba con placer
En tu mágica hermosura.

¿Mas dime, mi bien, contenta
Te hallas en ese palacio
Dó el trono de Dios se asienta,
Trono que cubre el espacio
Y el universo sustenta?

No, no; lejos de mi lado
No habrá amor que á tu amor cuadre,
Que es para el hijo adorado
El cielo mas regalado
El regazo de su madre.

Presto, presto me veras
Cual siempre á tu lado amante
Sin separarnos jamás:
Del mundo donde tu estás
Solo me aparta un instante;

Y en vano te ocultaría
A los pies del Criador
La angélica compañía,
Que bien te distinguiría
El instinto de mi amor.

Augusto Ulloa.

A LA MUERTE DE PAQUITA MADOZ.

OCTAVA.

GLORIA IN ESCELSIS en los aires suena,
Y de la mar se eleva blanca nube
Que de perfumes el espacio llena:
Su rumbo dirigiendo va un Querube:
La ilumina luz plácida, serena;
Y en ella un angel refulgente sube,
La Hija de Madoz, que deja el suelo,
Marchando pura á su morada, el cielo.

Pascual Fernandez Bacza.

VIDA DE UNA FLOR.

Una mañana del ardiente estío
A las orillas de la mar serena,
Vióse pálida y triste sin rocío
Una blanca, bellísima **azucena**.

De su cuna de rosas desprendida,
Quiso buscár bajo mas puro cielo
Savia y frescura á su doliente vida,
Y al mar cercano la llevó su anhelo.

Allí mecida por la blanda brisa,
Que disipa fugáz pesada bruma,
Le regalan las auras su sonrisa
Y las olas del mar copos de espuma.

Y ella tranquila en tanto y silenciosa
Sus blancas hojas con placer estiende,
Y al entreabrir su cáliz pudorosa
Exhala aroma que al empíreo asciende.

Allí feliz se ve; las ondas puras
A su tallo gentil mansas llegando,
Imitan en su son tiernas dulzuras
Al disputar su beso murmurando:

Las auras á su falda se cobijan
Y su perfume delicado aspiran;
Los céfiros tambien se regocijan
Y entre las algas de placer suspiran.

Encantadora flor de los amores
Del sol naciente al fúlgido reflejo,
Su belleza, sus pálidos colores
Leda mira del mar en el espejo.

Nunca al salir de Oriente la mañana
Envuelta de oro y grana en ricas blondas,
Viera una flor tan bella, tan galana,
Retratarse del mar entre las ondas.

La flor á contemplar vienen gozosas;
Y gimiendo en revuelto remolino,
Unas tras otras corren presurosas
A refrescar su tallo peregrino.

Una llega á sus pies y con delicia
Su planta humedeció... sus hojas toca;
Otra mas atrevida la acaricia
Y se esconde despues tras una roca.

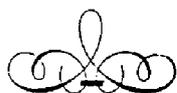
Y luego se retiran mansamente...
La **azucena** quizá llora su ausencia;
Que á sus halagos revivir se siente
La purísima flor de la inocencia.

Un día... entre esas olas de esmeralda,
Al cáliz de la flor llegó en mal hora
Una que aleve se ocultó á su espalda,
Y en un beso mortal la hirió traidora.

La pobre flor tan cándida... tan pura...
Dobló su débil tallo, y desprendida
Codiciaron las olas su hermosura
Y halló la muerte do buscó la vida.

La **azucena** murió... Su aroma sube
Cual celestial incienso al almo coro,
Y es el aliento santo de un querube
En ese cielo de zafír y oro.

Indalecio Rivas.



De aquella viva luz, deslumbradora,
Faro de tu existencia y tu ventura
Apagó de la muerte agostadora
El hálito fatal la llama pura;
Y tú cual ciego caminante ahora,
Estraviado y sin guía en noche oscura,
Apagada la luz de tu destino,
Solo tinieblas ves en tu camino.

Cése empero tu amargo desconsuelo
Y ese hondo dolor que cruel te agita,
La ilusión de tu amor volóse al cielo
Do nunca la belleza se marchita,
Do jamás del candor el albo velo
Rasga liviana la maldad precita:
Para calmar tu angustia y tu tristura
Allí te aguarda hermosa y siempre pura.

J. Rúa Figueroa.

MATILDE ROJAS DE MADOZ.

POR LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Cuán torcedoras son las penas más!
Cuán amargas!
Y las horas que pasan, ¡cuán sombrías
Y qué largas!

Aquellos tiempos que en serena calma
Me mecieron,
Siempre de gozo rebosando el alma,
¿Qué se hicieron?

¡Ay! que harto breves, por mi mal pasaron
Con presura:
Bien temprano consigo se llevaron
Mi ventura.

Pasaron; y por mas tormento mío,
A su huida
Hánme dejado solo un hondo hastío
De la vida.

Y luego dice el vulgo indiferente
Que no hay duelo,
Que al fin no beba un bálsamo en la fuente
Del consuelo.

¡ Vulgo feliz que á la razon se allana
 En sus penas!
 ¡ Que de alma dócil y en sentir liviana,
 Lloro apenas!

¿ Quién duerme, siempre del dolor en brazos,
 Si es locura?
 Teniendo el corazon roto á pedazos,
 ¿ quién se cura?

No, no hay consuelo para mí en el mundo,
 Que es quimera:
 Ni aun llorar en mi pesar profundo
 Sé siquiera.

Que el llanto al menos el dolor embota,
 Si es deshecho;
 Pero el mio me cae gota á gota
 Dentro el pecho.

Y mas que llanto es hiel y lava hirviendo
 Que me abrasa,
 Sin darme tregua á un padecer horrendo
 Tan sin tasa.

¡ Triste vivir, cerrado á la esperanza
 De otra suerte;
 Que á su alivio el poder tan solo alcanza
 De la muerte!

Mas de mi fin, que ansío á cada instante,
 Tarda el dia,
 Porque tan lenta sea, cual punzante,
 Mi agonía.

Ocho años há que perdí
El hijo del alma mía:
Ocho años há que ni un día,
Ni un instante conocí
De franca y pura alegría.

En mi pobre corazon
Siempre su imágen impresa,
De atormentarme no cesa;
Y negado á la razon,
Hasta el dolor me embelesa

¡Tu tan bondoso, mi Dios,
Y para mí tanta hiel!
¿Por qué, conmigo cruel,
Nos separaste á los dos,
Yo en la tierra, al cielo él?

Nunca gloria, nunca honores,
Ni riquezas te pedía:
» Dame solo, te decía,
El alma de mis amores,
El hijo del alma mia.»

Que estrechándole en mis brazos,
Cuando su aliento aspiraba,
Nada mejor codiciaba.
Preso en sus amantes lazos.
Hasta el mundo lo olvidaba.

Mas con mis ensueños de oro
Toda mi dicha se fué;
Y de entonces soló sé,
Al robarme aquel tesoro,
Cuan pobre de alma quedé.

Bien, Señor, me castigaste;
Bien á prueba me pusiste:
Y, por mi fé, mal hiciste,
Porque si un ángel ganaste,
Tambien á un padre perdiste.

Yo que á la luz de sus ojos,
Por vez primera te ví
Y tu grandeza sentí;
Y que doblado de hinojos,
A tu ley me sometí.

Una vez cerrados ellos,
En cuyo limpio esplendor
Te bendecía, Señor;
Porque eran claros destellos
De tu bondad y tu amor:

Apagada mi lumbrera
Y sin luz que me guiara,
¿No temiste que cegara,
Que ya nunca mas te viera
Y que de tí renegara?

Perdóname, Dios benigno,
Si injurias el labio vierte
Y pude torpe ofenderte:
Perdon, si no me resigno
A lo fiero de mi suerte.

Mas dame llanto siquiera
Que al brotar del corazon,
Calme su horrible opresion;
Y si al llanto no cediera,
Oye mi última oracion:

Si en la tierra no hay consuelo
A mi loca fantasía,
Dame, ó Dios, cercano el día
De abrazar, allá en el cielo,
Al hijo del alma mía.

¡Pobre Matilde! tu también gozosa
Vias pasar las horas blandamente
Sin cuitas y sin pena;
Y la mar procelosa
De la existencia, plácida, indolente
Y á la zozobra ajena,
Surcabas descuidada,
Por aura juguetona acariciada.

¡Miserá humanidad! De orgullo henchida,
Cuanto mas rica de esplendor y gloria,
Cuanto mas llena de placer la vida.
Con altanera frente
A la fortuna reta,
Juzgándola sujeta;
Así mas de repente
Una mano invisible
Humilla su cerviz, su estrella vela,
Y su suerte hasta entonces bonancible,
Deshecha en humo, por los aires vuela.

Así también, Matilde, aparecía
Que todo en derredor te sonreía:
Que la fortuna misma se preciaba
De ser de tu alvedrío humilde esclava:
Y cuando el sueño de la paz durmiendo,

Al suave arrullo del placer mecida,
 Mas que nunca creyendo
 En el favor de tu feliz estrella,
 Te echaste sin recelo en brazos de ella,
 Trocada la dulzura de tu vida,
 Fué de pronto en acibar convertida.
 Y desde aquel momento
 Sangre, no llanto, de tus ojos brota;
 Porque ha quedado tu existencia rota
 Como caña que récio troncha el viento.

Harto concibo tu dolor ¡ ay triste!
 Por la preciada joya que perdiste.
 Hermosa cuál ninguna; regalada
 Con dotes que el Señor avaro escusa:
 Como las flores tierna y delicada,
 Cayó tambien cual ellas deshojada,
 Llevando el aire tu esperanza ilusa!!!
 Lloro, Madre infeliz: justo es que llores;
 Murieron tus dulcísimos amores.

Lloro, Matilde, llora: eterno luto
 Vista tu corazón. Jamás escuches
 Al que liviano, como de alma enjuto,
 Busque de tí que con la pena luches.
 Fórmulas son, no mas, de la impotente,
 De la fría razón, siempre mañosa
 En dar consejos porque nada siente;
 Siempre obligada á que el tributo rinda
 De una frase venal, mas engañosa
 Cuanto mas necia con la paz te brinda.

Yo que aunque amargo, tu amistad me escuda,
 Voy á decirte la verdad desnuda.

¿Sabes, Matilde, cuál será tu suerte?
 Vivir de hoy mas llorando,
 Y en ilusion fantástica abrazando
 La imágen de la muerte..!!!!

¡Dichosa todavía
 Si el llanto de tus fuentes no se apura!
 ¡Guarda no venga el día
 Que secas ya, redoblen tu tortura!
 Que entonces ¡ay! sin esplosion la llama
 Del negro afan y del dolor nacida,
 Cuando la sangre, rota á hervir, se inflama,
 Aun no comprendes que es pasar la vida
 En constante delirio
 Con la túnica puesta de Tirteo;
 Que es el buitre royendo á Prometeo
 Las entrañas, sin fin á su martirio.

¡Ingrato porvenir, lleno de abrojos!
 ¡Vida de hondo penar!..... Y á tanto duelo
 ¿No cabe ya esperanza? ¡Ay! En el cielo
 Tan solo la hallarás. Matilde, mira
 Al angel que perdiste. ¿Con los ojos
 Del alma no le ves? Por tí suspira;
 Por tí ruega ferviente
 A la Madre de Dios, porque clemente
 Sea contigo en la hora postrimera.
 ¡Acaso al cielo por tu bien se fuera!!!...
 Inclina la cerviz, Madre infelice,
 Y en sus arcanos al Señor bendice.

José Gener.

A LA MEMORIA DE UN ANGEL.

Era una niña como el cielo pura,
Mas fresca y mas galana que la rosa,
Mas que la dicha del amor, hermosa,
Nacida entre mil sueños de ventura.

Cuántas veces en brazos de su madre
Inclinando su rostro se adormía,
Mientras que amante voz la bendecía...
Era la voz de su dichoso padre!

Y aquel ángel creció bello y querido,
Puro y afable, tierno y cariñoso,
Cifrando su placer mas delicioso
En prestar proteccion al desvalido.

Y así vivió feliz, que de sus años
No turbaba la dicha ni la calma,
La destructora de la paz del alma.
La hiel de los terribles desengaños.

Venturosa niñez, astro allagüeño,
 Transparente fanal de los placeres,
 Contigo goza el corazón, mas eres
 Del sueño de la vida corto sueño.

.....

Instante cruel, desoladora historia
 A la que un canto de dolor tributo,
 Que llena á Zarauz de eterno luto,
 Que es de dos almas fúnebre memoria.

Día de horror! Con rostro placentero
 De sus queridos padres en la frente,
 Con sonrisa infantil, beso inocente
 Imprimió, y ese fué el adios postrero!

Allí!.. Mi vista á distinguirla alcanza
 De la playa en las olas espumosas!...
 Tiende al mundo sus manos cariñosas,
 Y el mundo no la ofrece una *esperanza!*

Mas un celeste espíritu su vuelo
 Hacia las olas agitadas tiende,
 Recibe su alma, y los espacios hiende,
 Y desaparece en la region del cielo.

.....

Ya de la eternidad en el seguro,
 Por las ansias del mundo no turbada,
 A sus padres dirige una mirada,
 Destello de un amor eterno y puro.

Joaquin Fontán.

LA DIOSA Y LA NIÑA.

Venus, al verse en la tierra
Por otro sol eclipsada,
De celos ardiendo en guerra
Triste en su concha se encierra
Dentro la mar azulada.

Y desdeñando el arrullo
De su palacio encantado,
Buscó, cual flor en capullo,
Pobre alcázar de su orgullo
De un risco el hueco olvidado.

Y adivinando sus penas
Las Hadas y las Sirenas
En torno lloran sus males,
Guardándola entre corales
Y diamantinas arenas.

Y á su palacio venfan
Las blandas olas rizadas
Que ver la diosa querían;
Y gimiendo se tendían
Llamándola, desmayadas.

Y hasta los monstruos mas fieros
De los abismos rugientes,
Con quejidos lastimeros
La iban buscando ligeros
Por las revueltas corrientes.

Ya rendida á tanta queja
Venus la concha argentada
Abierta un instante deja:
¿Mas, qué imágen se refleja
De ola en ola retratada?

Qué ninfa en el mar descuella
Infantil y candorosa
Que asi compite con ella?
Ay! es la imágen de aquella
Por quien se ocultó celosa.

Hela allí! flor de la playa!
Dique de las ondas, breve
Señala su pié una raya,
Y el mar allí se desmaya
Lamiendo su pié de nieve!

Ya de su madre amorosa
Escribe el nombre querido,
Y al borrarle, congojosa
Corre tras la ola espumosa
Que cree le lleva escondido.

En la arena de otros mares
Tambien mi nombre estamparon;
Jugucte de los azares
Las olas de mil pesares
Vinieron, y le borraron!

Y desde entonces mi pena
 Siempre devorando á solas,
 El alma llevo, Sirena,
 Arida como esa arena,
 Y amarga como esas olas.

Ya el mar la mece en sus brumas
 Cual rosa en concha de azahar,
 O yá su encanto al mirar
 Guardándola en sus espumas
 Se para celoso el mar.

Y olas hubo que ligeras
 Su imágen lejos llevaron,
 Y otras olas lisongeras
 De muy remotas riberas
 A contemplarla llegaron.

Venus de nuevo celosa
 Guardó su concha entre arenas;
 Y olas y Hadas y Sirenas
 ¿Cuál de las dos es la Diosa?
 Preguntan de asombro llenas.

Y como á Venus fingida
 De su lecho la arrojaron:
 Por las olas suspendida
 De Hadas y Ninfas seguida
 La concha en triunfo llevaron.

¿Quién trae la Diosa arrogante
 Que ya en los mares impera
 A su alcázar de diamante?
 —Yo—dijo una ola altanera
 Ya de soberbia espumante.

Como su dicha anhelaron
Con envidioso murmullo
Las Náyades suspiraron:
Y hácia las playas vogaron
De la ola entre el blando arrullo.

¡Niña inocente! repara
Que de tu belleza avara
Se acerca la onda espumosa:
Huye de ella, niña hermosa,
Mientras por verte se pára.

¡Infeliz! ya sus arrojados
El alma llora cobarde!
Mira á tu madre de hinojos:
A su amor vuelve tus ojos,
Pero ay! que los vuelves tarde!

Ya en los abismos perdida
Mientras la tierra clamaba,
Al contemplarla sin vida
Murmurando embravecida
La mar su error lamentaba!

Y tambien con hondas penas
Las Náyades y Sirenas
Alzaron tristes cantares;
Y se enturbiaron los mares
Con las revueltas arenas!

Y hasta Venus generosa
Dejó su peña olvidada,
Y besándola amorosa
La llevó en conchas de rosa
Hasta la playa dorada.

Y allí el cadáver dejando
Aunque á su orgullo no cuadre,
De espuma la faz velando,
Volvió á su alcázar llorando
Que Venus también fué madre.

Y aun á arrullarla venían
Las blandas olas rizadas,
Que hasta muerta la querían;
Y gimiendo se tendían
Llamándola, desmayadas.

Y olas hubo que lijeras
Su imágen lejos llevaron,
Y otras olas lisongeras
De muy remotas riberas
A contemplarla llegaron.

Eduardo Asquerino.

SONETO.

Por un rudo contraste de la suerte,
Paloma de tus padres tan querida,
Entre las ondas que te dieron vida
Avara luego te asaltó la muerte:

Cual sirena voráz para obtenerte
Sobre las olas te arrastró adormida,
Y en su rapto terrible sorprendida
Rabiosa devolvió el despojo inerte.

Tu espíritu en las aguas desatado
Desde el seno del mar voló á deshora
Del alto Empíreo á la mansion sin penas;

Leve, al casto despojo rescatado,
Tumba den en la orilla que te llora,
Limpias aguas y cándidas arenas.

Mariano Z. Cazorro.



Suele envolver la nube de repente
Al claro sol en medio su carrera,
Mas, si eclipsado aqui, brilla esplendente
De otra region en la azulada esfera.

Suele tronchar el viento flor brillante
Que sus perfumes á la brisa envía,
Pero en sus propias alas lleva errante
El grato aroma que extinguir quería.

Las sombras del sepulcro te asaltaron,
Mas allá en el zenít brillar te hicieron:
Si aquilones sañudos te troncharon,
De tu virtud la aroma difundieron.

Oh! deja que contemple tu luz pura;
Con tu aroma permite que me embriague
Cuando, sin luz ni aroma, en mi insegura
Suerte, perdido por el mundo vague!

J. Manuel Tenorio.

OCTAVA.

Rasgando el viento en vaporosa nube,
Radiante de esplendor, de gracias lleno,
De tí se aleja y á los cielos sube
Angel de amor que se meció en tu seno;
Sus ojos hácia tí torna el querube,
Y al través del relámpago y del trueno,
Dice una voz «no llores, que algun día
Volveremos á vernos, madre mía!

Mariano Perez Luzaró.

UN ANGEL MAS EN EL CIELO.

Cual nube que arrebató el torbellino,
Cual flor que el viento de su tallo lanza,
Murió de su existencia en el camino
Como muere al nacer nuestra esperanza:
Mas no lloreis; porque al Edén divino
Ráudo su vuelo á remontarse alcanza,
Y ya junto al Creador canta, «victoria»
En el alcázar santo de la Gloria.

Quizás pensando el Creador
Algún bálsamo prestar
A este mundo de dolor,
Tu ser nos quiso enviar
En un suspiro de amor.

Sin duda juzgó enviarte
Para embebecer la tierra;
Por eso Dios al formarte,
Tanta beldad llegó á darte
Cuanta en su poder encierra.

Pero ese Dios sorprendido
Al ver un ángel su hechura,
Como paloma á su nido,
De este mundo corrompido
Te levantó hasta su altura.

Allí tu imágen se eleva
Junto al trono sacrosanto,
Y estrellas por flores lleva;
Cada pliegue de tu manto
Derrama una lumbre nueva.

Soles mil que allí aparecen
Circuyen tu frente pura;
Y á tus pies jacintos crecen;
Y hasta las Gracias se mecen
En torno de tu cintura.

Allí un espléndido coro
Se agita en tropel sonoro
Que, respirando poesía,
Envuelta en lluvia de oro,
Nube aromada te envía.

Tronos allí te levantan
Silfas que el aire abrillantan
Y con modesta corona,
En voz sublime te cantan
Las deidades de Helicon.

Los génios de la alegría,
Con orlas de argentería,
Baten sus alas suaves,
Y allí te brindan las llaves
De la morada del día.

Y te ofrecen sin tardanza
 Como á portento divino,
 Gozando en tu venturanza;
 Su albo manto, la esperanza;
 Su cetro de oro, el destino.

.....

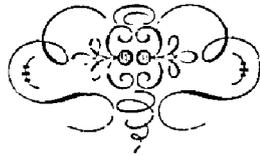
Sí, yo la ví desde el mezquino suelo,
 Entre los rayos de la blanca luna,
 Querube del candor volar al cielo,
 Como águila real que torna el vuelo
 Al dulce nido do encontró su cuna.

Miradla, cual la ve mi fantasía,
 Brindando dichas y esparciendo olores,
 Circundada de luz y de armonía,
 Cual sueñan la imágen de Talía
 En su entusiasmo ardiente los pintores,

Del empíreo pensil flor escogida,
 Mil veces en mi mente la diviso
 Sobre las aras del placer dormida,
 Cual la vírgen primera de la vida
 Bajo el árbol feliz del Paraiso.

Canoros cisnes de la patria mía,
 Me falta voz aunque me sobra anhelo...
 Venid, venid, y en olas de poesía
 Inundad y en torrentes de armonía
 Al nuevo arcángel que corona el cielo.

Joaquín Díaz de Tezanos.



Que eterno sea tu gemir, tu llanto.....
Ay! el divino ser que tus dolores,
Con su dulce besar adormecía,
Que en delicias trocaba tu quebranto,
Tus espinas y abrojos en amores;
La que tu pecho de ambicion henchía,
La que guiaba con su debil mano
Tu vida por la senda del destino
—Era un ángel humano,
Y es ya un ángel divino.

Que eterno sea tu gemir, tu llanto,
Cual era eterna la pasion divina
Que tu pecho albergaba:
Lágrimas de dolor y de quebranto
Rieguen siempre su losa funeraria;
Llora y dirige celestial plegaria
En lágrimas bañado,
Y en la region del cielo, do declina
El sol de resplandores rodeado,
Contemplantás vagar embebecido
El alma que has perdido.

Que son pedazos del paterno pecho
 El lloro que el dolor arranca el alma,
 Y el corazon deshecho
 A hallar vuelve su vida y su consuelo
 Cuando miras con lágrimas al cielo.

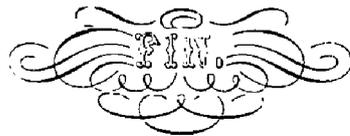
Y cuando el polvo que arrebató el viento
 Hiera tu frente mustia y abatida,
 Que se eleve el altivo pensamiento
 A la mansion feliz do está su vida.
 Quién sabe si los restos son de aquella
 Que en la region del cielo,
 Ora postrada en su dolor mas bella,
 Por el que le dió el ser, y si el consuelo
 Que alivia tu penar y tu amargura
 Es el perfume de su tierna boca
 Que tu dolor y tu pesar sofoca?

La losa, no es la losa del olvido,
 Ni la muerte es el fin de nuestra vida.
 ¡Murió un ángel, Dios mio!
 ¿Y aun entona el jilguero su quejido
 Y su canto tristísimo de amores,
 Y las hermosas flores
 Despliegan su frescor y lozanía,
 Y la falda florida
 Del alto monte y la pradera, el rio,
 Aun deleitan al hombre, y de armonía
 Aun pueblan el bellissimo horizonte
 Que colora la luz del nuevo dia?

No, la hija de Dios naturaleza
De sus eternas manos desprendida,
Al soplo engendrador que la animára,
Muriera si muriese la belleza,
Y sus galas, pensiles y colores
¡Ay! si la muerte el existir llevára,
Polvo fuera que el viento arrebatára.

¿Tu alma dónde está? goza del cielo.....
Su cuerpo con tu cuerpo está en la tierra.
¿Quieres mayor consuelo,
Que tan dulce armonía
Entre los dos trazada
Hasta de vuestra union el feliz día?
No ha muerto porque vive en tu memoria,
Y el amor á que aspira el alma ardiente,
Y el pensamiento que guardó la historia,
Gozan del porvenir eternamente.

Francisco de P. Canalejas.



ERRATA.

En la página 16, línea sétima, donde dice: *Aquí el dolor y la guerra*; debe leerse:

AQUI LA ETERNA QUERELLA;

